

En el fin del sentido

Mirta Pipkin

EN EL FIN DEL SENTIDO

Una lectura psicoanalítica del suicidio

 **Lugar**
Editorial

Pipkin, Mirta

En el fin del sentido : una lectura psicoanalítica del suicidio / Mirta Pipkin. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lugar Editorial, 2023.

208 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-892-821-4

1. Psicoanálisis. 2. Psicología. I. Título.

CDD 150.195

Edición y coordinación editorial: Juan Carlos Ciccolella

Diseño de tapa y diagramación: Silvia C. Suárez

Motivo de tapa: Hughie Lee-Smith, *Formas del desierto*, 1957.

Contacto con la autora: mirtapipkin@hotmail.com

@Mirta Pipkin

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN: 978-950-892-821-4

© 2023 Lugar Editorial S. A.

(C1237ABN) Castro Barros 1754

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4922-3175 / (54-11) 4924-1555

WhatsApp 11-2866-1663

lugar@lugareditorial.com.ar

www.lugareditorial.com.ar

lugareditorialdigital publica la

facebook.com/Lugareditorial

instagram.com/lugareditorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina

Índice

Nota a la presente edición 9

Prólogo 13

PRIMERA PARTE

Una lectura psicoanalítica del suicidio

Capítulo 1: Suicidio entre la libertad y la responsabilidad..... 21

Capítulo 2: El suicidio. Acting, pasaje al acto y acto 35

Capítulo 3: La herencia de goce en la cadena
transgeneracional de los Lugones..... 49

Capítulo 4: Escrituras que bordean lo real 59

Capítulo 5: Verdad del goce en la letra 69

Capítulo 6: De amor y de muerte 101

SEGUNDA PARTE

A. La muerte como cifra del deseo actual

Capítulo 7: La letra en los tiempos del cólera 117

Capítulo 8: Del ataque de pánico al suicidio melancólico 127

Capítulo 9: Obstáculos para el duelo 139

Capítulo 10: Suicidios en Amaicha del Valle..... 151

B. Pregunta por el sentido de la vida

Capítulo 11: La pregunta por el sentido de la vida 161

Capítulo 12: ¿Es posible desviar un destino trágico? 175

C. El arte nos interpela

Capítulo 13: El crimen *del Joker* 187

Capítulo 14: Ese olor que cruza la línea..... 195

A la memoria de Tamara Kamenszain.

Nota a la presente edición

¿Qué se hace con lo que no tiene sentido?
Se lo escribe.

Tamara Kamenszain

Desde los inicios de mi práctica clínica con las urgencias subjetivas, el que la muerte se aloje como cifra del deseo, me planteaba no poca angustia y sí inquietantes interrogantes que encontraron en la escritura un medio para sopesar mis posibilidades y reconocer mis limitaciones.

Fue precisamente en los comienzos de mi práctica que una experiencia me dejó una marca imborrable.

Un hombre de aproximadamente 70 años fue traído a la consulta de urgencia por su familia luego de un fracasado intento de suicidio. Evidentemente tomada a la letra por la expresión: “un analista tiene la urgencia de dar satisfacción”, transmití al paciente una valoración de la vida que obviamente tuvo en él esta reacción: “Vea licenciada, no quiera hacerme cambiar de idea. Yo lo voy a volver a intentar”. Mientras seguía más preocupada por mi responsabilidad legal que por mi compromiso como analista, él me aclara: “no se preocupe, esta vez no voy a fallar, lo voy a hacer de modo tal que nadie va a quedar implicado”. Desconcertada, por fin acerté a preguntarle: “¿entonces, para qué viene?” (no sin cierta angustia me estaba preguntando ¿qué *me* quiere!)

—Porque necesito hablar.

Esta y otras experiencias similares marcaron mi práctica clínica con las urgencias subjetivas, a la vez que causaron los interrogantes centrales de mi primer libro¹ y que persisten en esta segunda reescritura:

- ¿Cuál es el lugar del analista y cuál el límite de su responsabilidad?
- ¿Es posible desviar una intencionalidad suicida?

Un analista al escribir sobre su práctica intenta dar cuenta no solo de los efectos que produce con sus intervenciones, sino sobre lo que lo conmueve, aquello que lo confronta con su propia falta. Ahí donde un analista *se escribe* –quiero decir, ahí donde adviene con el testimonio de su práctica a su propio estilo– es donde no sirven las afirmaciones, las generalidades de la teoría. Donde el enigmático e impredecible instante del pasaje al acto suicida lo enfrenta con ese límite del discurso por el que “hay de tiempo en tiempo real”. Donde cuestiones tales como deseo, goce, amor, muerte, lo avecinan a lo insondable, al misterio, a lo irreparable, a esas marcas de goce que son impresiones de las que está hecho el inconsciente, anteriores a la palabra.

Y bien, pasaron más de diez años desde la publicación de *La muerte como cifra del deseo*. ¿Qué hay de nuevo en *En el fin del sentido*? ¿Acaso la estadística feroz de aumento de suicidios, del odio, de la violencia, de la crueldad, lo ameritan? ¿Las guerras, la pandemia, la amenaza nuclear, la catástrofe climática que se avecina, la vida del planeta amenazada, el hambre, las desigualdades? Nada de eso, o mejor, nada hay que no lo haya denunciado Freud en *El malestar en la cultura* o Lacan cuando anticipaba que la subjetividad se encaminaba hacia la degeneración catastrófica. O María Zambrano cuando prenunciaba que Occidente avanza irremediablemente al suicidio.

Sin embargo, ¿por qué insistir en una nueva publicación? Porque, *¿qué se hace con lo que no tiene sentido?: se lo escribe*. En realidad, la insistencia es más bien de lo real pulsional que no cesa de

1 Pipkin, Mirta. *La muerte como cifra del deseo. Una lectura psicoanalítica del suicidio*. Letra Viva, Buenos Aires, 2009.

no escribirse. Es por eso que el capítulo sobre el amor y la muerte apunta al análisis del rostro actual del amor, el del narcisismo cuya lógica desconoce las diferencias. En este sentido, surge el interrogante de si el psicoanálisis podrá hacerle la contra a esa lógica identitaria e ir al rescate de lo sensible, de ese amor real que postula Lacan, como un medio que enfrente a ese imaginario mortífero.

En estos tiempos oscuros en los que palidece la pregunta por el sentido de la vida, y en cambio sobreabundan los excesos de sentidos, es un desafío para el psicoanálisis *direccionar* la cura hacia la reapertura del sentido sin sentido, cuestión que hoy muchos de los que consultan no están dispuestos a atravesar aún a costa de ese goce mortífero por el que eligen renunciar a la vida.

Justamente en ocasión de esta nueva publicación y porque hacemos de las casualidades algo tramado, vino a mi encuentro una reciente publicación² de la hija de Pirí Lugones cuya escritura constituye evidentemente su intento de *hacer algo con lo que no se entiende* de la historia pesadillesca de suicidios en su familia. Su testimonio, una contingencia que me permitió entender que desviar un destino trágico depende de una elección, de un narcisismo que le haga la contra a lo real.

Y en último término el cine, como todo arte, nos devuelve su mirada sobre esta tragedia contemporánea, una mirada aguda y crítica que nos despierta a la vivencia de que aún pueda ser posible hacer algo.

Mucho se ha escrito sobre el suicidio, es un tema que no deja de atraer a todas las disciplinas a lo largo de todas las épocas, pero el presente texto pretende ser el testimonio de una analista. Por eso, parafraseando a la hija de Pirí Lugones, digo que escribo porque *tengo curiosidad por el suicidio y la escritura, o también por la escritura y la muerte*.

Buenos Aires, 2023

2 Peralta Lugones, Tabita. *Retrato de familia*. Emecé, Buenos Aires, 2009.

Prólogo

¿Es posible para el psicoanálisis desviar un destino trágico?, nos preguntamos al finalizar el libro. Estas líneas, escritas justamente *après coup*, a la manera como escribe el psicoanálisis, en ese tiempo no lineal del inconsciente, no pretenden comunicar anticipadamente la conclusión a la que esa pregunta lleva, sino que no pueden no escribir lo que insiste hasta el final. Sin embargo, con la pregunta no nos referimos tan solo a ese destino que el psicoanálisis ha interrogado desde siempre, inspirándose en el análisis de la tragedia griega, sino al que caracteriza al sujeto que, en la actualidad, está cada vez más atravesado por lo sacrificial, al mismo tiempo que se encuentra cada vez menos posibilitado de realizar esa operación fundamental en la constitución del fantasma, el duelo. Afectado por un duelo interminable del que no puede decir, tal como Lacan lo formula, “yo era su falta”, este sujeto fluctúa entre distintas versiones de salidas trágicas. En la versión más *light*, ausente de toda responsabilidad, de su acto y por lo tanto de su decir, la muerte es considerada por él como un accidente (ocurrencia) no esperado, que le sobreviene. Otra versión es la que Giorgio Agamben describe como la del snobismo japonés, que es la expresión más acabada de lo que el filósofo considera, la satisfacción americana, ésa que centrada en el consumo lleva paradójicamente a que la vida misma se consuma. Salida más propiamente sadiana en la cual impera la voluntad de goce. En cuanto a la versión sacrificial, se trata de lo real del sacrificio, el que se repite a lo largo de la Historia, por el cual el sujeto, en el afán de capturar el deseo del Otro no renuncia a la pérdida de goce que habilitaría la dimensión de la falta y del deseo. Distanciándose de la articulación fantasmática, cada una de estas versiones de salidas trágicas tiene una particular relación con la muerte.

Que la muerte implique un imposible –la posibilidad de su representación– no ha impedido el vano intento del hombre por

significarla, cuestión que en realidad termina más bien aportando sentido a la vida. Del mismo modo, el fenómeno del suicidio comparte algo de ese imposible, en un acto en el que por más que se pretenda descifrar los motivos que llevan a un sujeto a realizarlo, éste no está allí para que se lo interpele. El hombre no tiene la libertad de elegir su nacimiento, en cambio, en la muerte, cualquiera sea la forma de su ocurrir, se juega una cierta tensión entre la libertad y la responsabilidad. La teología, en su intención de significar a la muerte, encuentra su sentido en la “muerte después de la muerte”. Es lo que San Agustín denomina segunda muerte, promesa de inmortalidad con dos “opciones”: el paraíso de los bienaventurados, o bien, la eterna pudrición. Sade, por el contrario, concibe a esta instancia posterior a la muerte biológica, como la aniquilación de todo rastro de humanidad. En su argumento solo tiene valor de verdad el fantasma de tortura eterna, que únicamente la misma muerte puede interrumpir. Es recién Lacan quien va a atribuir a la segunda muerte una significación que no es ni promesa de inmortalidad ni desaparición de toda marca, sino que, al situarla en su anterioridad lógica antes de la muerte biológica, la reubica en el único registro posible, el del significante. En este sentido, la decisión que lleva al sujeto por el surco trágico de un suicidio, no quiere necesariamente la muerte biológica; en cambio, pretende renunciar a seguir aportando sentido a la vida. Por eso, si la cifra del origen es la reescritura que en el análisis deviene de haber releído el mito del origen –responsabilidad que supone hacer algo con el legado– otra es la cifra de la muerte cuya escritura pretende cifrar el destino final. Es en este único sentido que Winnicott interpreta, en esos sujetos que pasan la vida diciendo que se quieren suicidar, una muerte que ya aconteció en vida.

Ahora bien, ¿qué es lo que empuja a que la muerte sea la cifra del deseo actual? ¿Será la urgente necesidad de un sujeto cada vez más excluido, aplastado por el Ideal, tomado por la pulsión –y no en el amor sino en la mortificación– la que encuentra por la vía de lo real la única salida posible? Entonces, nos preguntamos cuál es el límite de la responsabilidad del analista, a la hora de promover una reescritura que logre desviar esa insistencia de lo pulsional que puede terminar en tragedia. Cómo leer esa cifra de muerte que no sea una lectura en el sentido del sentido, ya que se trata de la verdad del goce. Verdad a la que solo la letra como objeto *a*

permite aproximarnos. Esa dimensión inaccesible e irrepresentable –la letra– al borde del agujero del saber, a la que en el análisis se arriba luego de recorrer el texto, hasta agotar sus sentidos, para encontrarse con el efecto escrito. Dado que la experiencia analítica comparte con la poesía la pretensión de escribir lo indecible, transitaremos, entonces, por diversos textos para leer la verdad del objeto en su textura. Verdad del objeto en la letra, como eso que resta agotadas las significaciones y que permite aproximarnos por la vía del escrito a la lectura de la cifra del destino.

Cuando se trata de la pulsión que no para sino en la muerte, el sujeto va hacia el encuentro imposible con lo real (¿es posible pensar que hacia el fin de un análisis el sujeto se “reconcilia” con lo excluido de lo real?). Estamos ante el desafío de conducir la cura desde el “ya nada tiene sentido” propio del pensamiento suicida, a que el sujeto tenga que vérselas con el sin-sentido de la nada. Cuestión hartamente compleja porque no es lo mismo esa nada como *ex-nihilo* que impulsa, que empuja a la creación, a la invención, que anuda la pulsión de muerte al significante, que el “anihilarse” de la autoaniquilación. En este último caso estaríamos ante el fracaso de la letra como significante de la falta cuando ésta no halla su reparo en el síntoma y, en la desesperación, el sujeto se apresura por concluir con lo que él mismo significa como la “tragedia de su vida”.

A la pregunta entonces, de si es posible desviar un destino trágico –sea este sacrificial o causado por un horror devastador–, antes de lanzarnos con prisa hacia una conclusión, preferimos ofrecer el texto al lector como una pausa necesaria, un intervalo que habilite el tiempo de comprender, de desentrañar la compleja relación entre la libertad y la responsabilidad subjetiva que se juega en el acto de terminar con la propia vida.